

Trabajo

PERIÓDICO SINDICALISTA - LIBERTARIO

421-642 n.º 10

PORTE PAGO

Redacción y Administración:

CUAREIM, 1321

Tel. La Uruguay 2429-Colonia

PRECIO: 3 CENT.S.

Giros, a nombre de PLACIDO A. RODRIGUEZ

AÑO 1 - N.º 7

MONTEVIDEO. 16 DE SEPTIEMBRE DE 1921

Aparece los viernes

Un pretendido conflicto con los "canillitas"

Nunca hemos querido hablar de la Agrupación «Trabajo», de este periódico, de los que lo administran o lo redactan. Obra de muchos compañeros (reacción lógica a la actitud de los que hoy están entregados al maximalismo) hecha a la luz del día, no necesita comentarios. Sus valores, no pertenecen a nosotros aquilatarlos. En cuanto a sus propósitos, ellos han sido tales que han merecido la aprobación de todas las agrupaciones existentes; hasta el punto de que los mismos camaradas que editan periódicos similares al nuestro, —con un desinterés que los honra y nos enaltece— nos han prestado su ayuda.

Es evidente, pues, que no veníamos a suplantar a nadie y que no nos guiaba ningún espíritu de competencia. Veníamos sencillamente a plantar nuestra bandera libertaria, allí donde otros habían claudicado vergonzosamente. Nos dirigíamos hacia los gremios, no para conquistarlos, ni para someterlos a ninguna dictadura; íbamos a ellos modesta, pero resuelta, a llevarles nuestra voz de aliento, nuestra palabra de combate y a sostener, desde estas columnas, el espíritu libertario de la F. O. R. U. que, apostatas y arribistas, querían destruir.

Los gremios, en su mayoría, comprendieron nuestras intenciones, se identificaron con ellas y nos prestaron su ayuda.

La obra de un grupo tuvo en esta forma, la sanción de toda la colectividad revolucionaria. Y esa sanción que nos enorgullece, nos consagró lo que en realidad aspirábamos ser: la expresión más genuina de la clase trabajadora.

Pero el éxito nuestro implicaba también otra cosa: la condenación de los que habían pretendido supeditar los organismos obreros a la acción de un partido y, además, el repudio de los que aspiran someterlos a su dictadura. Unos y otros se alborotaron, y todos los ganos puestos a guardia del capitolio maximalista, nos aturdiran con su algarada.

Era natural. Un periódico que no está dispuesto a renegar de sus principios y que baja a la arena para combatir todos los enemigos—ocultos o manifestos—de la organización obrera, es peligroso; por esto tratan—y tratan—anularlo.

Y con el afán de destruirnos han echado manos a cualquier recurso. En las asambleas gremiales entraron en juego los famosos grupos comunistas, que aliados a los maximalistas, trataron de hostigarlos en todas formas. «Trabajo» es un periódico contra revolucionario, —afirmaron.— El dñete sésamo de la revolución lo poseen solamente los comunistas que, hasta ayer, y hoy mismo, son reformistas, desde a cabeza a los pies, o los pseudo revolucionarios maximalistas, que cuando el viento de la revuelta sopla, se guardan muy bien de salir a la calle.

El propósito de ellos era desacreditarnos y cortarnos toda ayuda económica. Atacado de este lado, el periódico debía morir por falta de oxígeno. Pero Montevideo es chico y afortunadamente nos conocemos y, francamente, todos saben lo que valen nuestros detractores.

Cuando vieron que así no podían obtener nada, apelaron a otro recurso más ruin aún: el de impedir la difusión del periódico.

Confesamos que esta labor le ha dado mejor resultado: consiguieron hacernos disminuir enormemente la venta callejera. Comunistas y maximalistas extorsionaron e impresionaron a los muchachos e impidieron en mucho nuestra difusión.

Paramos en parte el golpe; y uno de nuestros redactores—Martín Fierro—indignado de tanta cobardía moral, de tanto miedo a nuestras ideas, empuñó el látigo y fustigó como se merecían a esos vulgares mercaderes de la revolución rusa, que la explotan en la misma forma que los curas, los milagros de la virgen.

Los eternos tartufos tocados en la lla, puestos en descubierto, pretendieron retorcer el golpe. Intrigaron en el gremio de los canillitas hasta conseguir que éstos, creyéndose ata-

cados por nuestra publicación, nos enviaran una nota pidiéndonos explicaciones.

Esto era lo que se buscaba. Y el diario comunista hasta creyó haberlos aniquilado, y, con un título sugestivo: «Trabajo contra los Vendedores de Diarios» publicó su nota en primera página.

¡Qué exitazo para los comunistas y sus adláteres indisponernos con los canillitas!

Pero no, señores comunistas, nosotros nunca iremos en contra de los gremios. Estos están compuestos por trabajadores y nosotros sentimos un hondo respeto para los que trabajan. Estamos con ellos hasta cuando los creemos equivocados. Somos trabajadores nosotros también, no diputados, ni secretarios rentados. Vivimos de nuestro trabajo y conocemos lo que significa la bíblica maldición: nos ganamos el pan con el sudor de nuestra frente. Por esto nos identificamos siempre a los obreros. Y cuando hacemos crítica, la hacemos en contra de sus falsos apóstoles, en contra de los dilettantes de la revolución; de sus tiburones y no de los obreros.

Dimos, pues, a las canillitas las explicaciones pedidas, y su comisión junto a varios miembros de nuestro Comité Administrativo reconoció: que el sueldo de Martín Fierro no ha querido herir la susceptibilidad de los vendedores de diarios y que se refería solamente a ciertos elementos entregados a la poca noble tarea de predisponerlos en contra de nuestro periódico.

Como se vé, fué una tempestad hecha en un vaso de agua.

Damos a continuación las notas intercambiadas:

Montevideo, 5 de Septiembre de 1921.

Compañeros de la redacción del semanario «Trabajo»

Salud.

Las presentes líneas tienen por objeto invitar a esa redacción para que envíe una delegación con su correspondiente credencial, a la reunión de la Comisión de nuestro sindicato que se efectuará el martes 7 del corriente a la hora 21 en nuestro local social, calle Río Negro 1180, para que esa delegación concrete los cargos que bajo el pseudónimo de Martín Fierro, se hacen en el número 5 de vuestro semanario contra nuestro gremio.

Estimaríamos que en esa delegación, estuviera incluido el autor de los cargos aludidos.

Sin otro motivo, nos es grato saludos cordialmente.

Por la Comisión

Miguel S. Vargas, secretario.

Montevideo, 6 de Septiembre de 1921.—Camarada Secretario de la Sociedad Vendedores de Diarios—Salud.

En contestación de su nota del 5 del cte. debemos manifestarle que el sueldo a que Vd. alude, aparecido en el último número de «Trabajo» con el pseudónimo Martín Fierro, en nada afecta a ese gremio. Evidentemente quiere referirse a aquellos comunistas que hicieron presión con los canillitas a fin de evitar la difusión y venta de nuestro semanario.

Si Vd. y demás miembros de comisión volverán a leer sin prevención alguna el artículo mencionado, comprobarán fácilmente lo que afirmamos.

Además si el ataque fuera dirigido a los canillitas, hubiera sido ridículo, de parte de nuestro colaborador, pedirle a los canillitas que nos combatieran con ideas, cosa ésta que, a todas luces, está fuera de la misión que ellos desempeñan.

Estas aclaraciones que de buen grado les enviamos, hacen inútil la delegación pedida; la que por otra parte no corresponde, puesto que los que integran la redacción, son moralmente responsables frente al grupo editor y no de los gremios.

Retribuyendo sus cordiales saludos, somos fraternalmente suyos.

LA REDACCIÓN.

Leopoldo Ardinghi

El día 10 del corriente, a la edad de 75 años, dejó de existir Leopoldo Ardinghi. Italiano de origen; hombre de sentimientos nobles y generosos, combatió en su juventud por la independencia italiana, en las filas de Garibaldi.

Más tarde, una nueva fé embargó su alma: se hizo internacionalista, se afilió a la primera internacional y luchó con los comunistas; fué procesado y perseguido.

Refugiado en América, aun sin militar directamente en nuestro campo, simpatizó siempre con los anarquistas. No pocas veces cooperó a nuestras iniciativas. Frequentaba las reuniones libertarias y mucho le gustaba el trato de los compañeros. Era, la suya, una de esas simpáticas figuras de viejos revolucionarios y de anarquistas sentimentales. Su sinceridad y su hidalguía le cautivaban el aprecio de todos.

Lamentamos que su tumba, apenas abierta, haya sido profanada por un apóstata de todos los partidos, por un renegado de todos los ideales. El revolucionario Ardinghi, se merecía otro apóstolista que no fuera Folco Testena.

¡Nuestras flores más rojas para la memoria del «viejo» Ardinghi!

Marginales

Barullo, nada más

La prensa liberal y la reaccionaria, esperan siempre en la proximidad de los comicios, descubrir un hecho cualquiera para denunciarlo al público, explotándolo como base para su propaganda. Y cuando este hecho no se produce, lo inventa.

La prensa liberal, la emprende con los frailes, y la reaccionaria, con el fraude electoral. Hacen cierta campaña y las cosas quedan como al principio: el fraude impune y la iglesia se llena como los días anteriores.

¿Qué han hecho los liberales para impedir que la religión atrofie a la niñez y corrompa a la juventud? Nada, absolutamente.

Desde sus partidos, se limitan a atacar a los frailes porque éstos también tienen constituido su partido, y les resulta un rival para sus ansiosas conquistas. Nada más. Acatan a los curas, políticamente; privadamente, tienen un Cristo en la cabecera de sus camas, y sus hijas le llevan flores a la virgen. Esto es muy frecuente, en los tipos de significación que militan en dicho partido.

Es que ellos, no entienden o no les conviene entender, que la religión es un factor pernicioso, una remora a la evolución mental de los pueblos, como lo es el militarismo. El primero, castra la conciencia y el segundo la voluntad. Es el dogma de obediencia y la resignada esclavitud que sufren los pueblos, por obra y gracia de todos los políticos.

Así, que es a los curas y no a su causa, la religión a quienes atacan, y prueba de ello, es que no se han preocupado de combatir la educación cristiana fundando al lado de cada Iglesia, una escuela racional, o por lo menos, libre de ese prejuicio.

Los colegios y los asilos, están llenos de criaturas y de jóvenes, donde se le inculcan los principios negadores de la vida.

El caso infame de Sebastián Roch, se ha repetido y se repetirá siempre mientras existan esos internados, como se repiten en los cuarteles y en las prisiones.

La prensa liberal no ha hecho más que barullo por el efecto, y su tendencia es purificar y no extirpar la causa honda que la provoca.

La prensa sindicalista, la prensa libertaria, es la única que ha combatido con tesón ese cáncer social. Y si no, recuerden que Ferrer, fué acorralado en Montjuich, por las balas de los jesuitas y reaccionarios.

Viento renovador

Los sindicatos, hasta ayer, fueron tan sólo un conglomerado de individuos, que concurrían a sus respectivas asambleas, y acapitaban tícidamente lo que uno a otro decían. Nunca eran más

CONVOCATORIA A. «TRABAJO»

Se convoca a los componentes de esta agrupación a la reunión que se efectuará el próximo domingo 18 del corriente a las 20 y 30 en el local de la calle Cuareim 1321, para tratar la siguiente

ORDEN DEL DIA

- 1.º Lectura del acta anterior.
- 2.º Informe del Administrador.
- 3.º Medios para asegurar definitivamente la vida del periódico.
- 4.º Adhesión a la A. A. I.
- 5.º Asuntos varios.

EL SECRETARIO

que dos, o a lo sumo tres, lo que sostenían un debate. Hoy, ha dejado de ser así. Se nota palpablemente, que los trabajadores han adquirido conciencia de su valor como entidad personal, y poseen la facultad de orientar sus energías hacia sus propios destinos.

La preocupación ideológica, que tanto se combatía para que no se infiltrara en la organización, hoy se ha melido en todos los locales obreros, como un viento renovador, sacudiendo la polilla de los viejos métodos de lucha.

Los sindicalistas reformistas, prevían inequívocos, que toda tendencia, —y se referían a la libertaria,—tendría la virtud de romper los moldes, el estrecho círculo, en que toda acción estaba circunscripta contra la clase patronal. La disminución de la jornada de trabajo y el aumento de salario, si bien no satisficaban las aspiraciones proletarias, no debilitaban tampoco la acción externa que desplegaban los grupos Unidos en la comisión: planes y proyectos parlamentarios.

Hoy los sindicatos, han dejado de ser un conglomerado platónico. Todos piden la palabra; todos tienen algo que exponer y algo que atacar. Es que poseen la convicción de un ideal, y el sindicato es la tribuna amplia y propicia para exponerlo y hacerlo bandera para las reivindicaciones sociales.

El proletariado ha despertado, superado dignamente su individualidad.

MARTÍN FIERRO.

PUNTAS DE FUEGO

La paz burguesa

Los grandes pasteleros de la burguesía con Lloyd George a la cabeza vienen ofreciendo a los pueblos el fruto prohibido de la paz, sazonado con la salsa apetitosa del universal desarme, producto de sus sabios magines de ilustres cocineros.

Lo curioso es para aderezar tan exquisito plato, estrangulan a Irlanda, saquean los bolsillos de los contribuyentes, pretenden lanzar sus sabuesos sobre Rusia y llevan a cabo una enorme sangría humana en las extensas regiones de la India.

¿Será posible que los pueblos oprimidos y esclavizados no se decidan a conquistar por sí mismos la paz que se les niega, apretando con sus férreas manos las innobles gargantas de esos siniestros monigotes que se burlan de su dolor?

Los esclavos del campo

En esta república, como en todas las demás, los hombres de la campaña viven en la más vergonzosa esclavitud.

Los amos de la tierra y de las haciendas que en ellos pululan, ven en ellos algo menos que un carnero o un novillo. A éstos, siquiera, les proporcionan alimento sano y abundante y les prodigan solícitos cuidados. En cambio, a los gauchos que los cuidan, les dan apenas una inmundicia bafazía por alimento, y unos cueros agusanados para descansar en ellos sus huesos molidos por el trabajo.

Más aún: les obligan a prestituir su conciencia, arrancándoles el voto para gobernar en su nombre y fabricar las leyes infucas, con que han de sancionar más tarde, no sólo el robo que les hacen, sino el dogal que han de colocar al cuello de sus hijos.

Sacco y Vanzetti

Acto de protesta en Villa del Cerro

Estos dos camaradas, víctimas de la reacción que arrecia en Norteamérica, han sido «condenados a muerte», por el único delito de ser anarquistas y militantes del movimiento obrero.

¿No es este el primer caso que se produce en el infame país del dólar. El triste episodio de los mártires de Chicago se repite después de muchos años.

Pero la solidaridad de los trabajadores y la acción de los revolucionarios de todo el mundo, ha de impedir ese nuevo crimen.

Sacco y Vanzetti han de ser salvados como otrora hemos salvado a Ettore y Giovannitti, a Almada y otros.

Compañeros, proletarios: cada uno cumpla con su deber: Sacco y Vanzetti reclaman su libertad y nosotros debemos libertarlos.

El centro femenino «Luz, Arte y Trabajo» de Villa del Cerro, con el concurso de varias agrupaciones, el próximo domingo día 18 del corriente, realizará una conferencia de protesta, a la hora 15, en la calle Rusia entre Italia y P. Rico.

Invitamos a los trabajadores en general a concurrir a este acto. Nadie debe faltar: es obligación de todo hombre libre. protestar por la condena de los compañeros Sacco y Vanzetti y reclamar su libertad.

Organización no significa disminución del yo, sino la posibilidad para éste, con la ayuda de los demás, de alcanzar el máximo de sus satisfacciones. No significa comprensión y violación del egoísmo natural de los individuos, sino su perfecta satisfacción, su ennoblecimiento, de modo que para provocar un goce en el individuo, tenga necesidad, no del mal sino del bien de los demás.

LUIS FABBRI.

EN EL CAFE

«Guiso» parlamentario — El problema de la revolución

—Rodolfo. —(a Silvio.) Que tal, amigo, la vez pasada lo estuvimos esperando indolentemente.

—Silvio. —Es que tenía una entrada para la «Cámara» y no quise perder la bolada...
—R. —De ver al diputado comunista como defendía la revolución de su banca? Claro?
—S. —No, se trataba del aumento de las tarifas de tranvías y él demostraba que no era el caso de acceder al pedido de las compañías.

VICENTE. —Y proponía el rechazo.
R. —Volvíeron a llamarse «guiso»?
V. —Eso es colaboracionismo liso y llano!

S. —¿Qué querían, entonces, que defendiesen los intereses de las compañías?
R. —Nosotros no queremos nada; observamos solamente que uno de los papas rojos de Moscú, recordándose que al fin y al cabo, la R. S. en Rusia se había hecho fuera de las cámaras, dijo que los comunistas habrían podido tomar parte en ellas pero a condición de portarse en forma tal que tuviesen que echarlos del parlamento... Y yo veo, al contrario, que nuestro diputado, la quinta esencia de los socialistas revolucionarios... algunos quisando la revolución en aquella cámara aborrecida y cobrando un «sueldo» bastante respetable.

S. —Es inútil, Uds. no quieren comprender la esencia de la oposición revolucionaria en las cámaras.
R. —¿Cómo no? En Italia, por ejemplo, a consecuencia del ante «cristiano» hubo un momento en que los socialistas y los comunistas parecían optar por el abstencionismo en las últimas elecciones. El gobierno se asustó. «Corambel» —eso no podía ser! Giolitti no habría podido gobernar. Eso era precipitar la revolución... Entonces los jefes socialistas decidieron que el rechazo socialista fuese a votar... los jefes comunistas pontificaron que... los revolucionarios comunistas hicieran ídem... Tuvieron el amado gobierno —los socialistas —ignoran cobrando de los fascistas, los comunistas igual —los proletarios, derraman su sangre y los diputados presentan interrogaciones que no suenan ni a los gatos del ministerio... los ministros responden con un rebuzno y... no ha pasado nada!

V. —Entonces los diputados comunistas declaran...
R. —La revolución!
V. —No se declaran «insatisfechos»!

R. —¿Qué cosa terrible!
S. —Uds. tienen ganas de bromear —en este terreno nunca nos podemos entender —yo hablo en serio para explicar de Ud. (a Rodolfo) su método revolucionario —y en que forma la dictadura en Rusia puede ser la causa del hambre actual.

V. —A mí también me interesa.
R. —Muy bien, amigo, pero ante todo he de decirle que «mi método» no es mío. Yo no he dicho que poseo el secreto de la revolución —ni que descubri nuevas teorías revolucionarias. Nuestras ideas han sido elaboradas ya por gigantes del pensamiento, como Kropotkin, Bakounine, etc. —nosotros hemos tratado de sistematizar y divulgarlas... Así que lo que yo puedo decirle, lo encontraría Ud. en la «Conquista del pan» —en «La Anarquía», etc.

S. —De toda manera!
R. —Ahí vamos. Nuestro método de revolución, quiere eliminar todos los errores que han determinado el fracaso de las revoluciones pasadas.

S. —Le hago observar que cuando la Revolución Rusa, muy pocas son aquellas que tuvieron carácter social.
R. —Hablo de la «Comuna» de París —y de todas las demás —las revoluciones hechas por el pueblo tienen siempre carácter social —desde la reunión de los plebeyos en el Monte Sagrado, con su relativo apogeo de Menéndez Aguirre hasta el día de hoy al pueblo se ha batido siempre por una causa. «Vivir mejor; poder vivir». Pero, como toda revolución ha tenido por resultado cambiar de amo así...
V. —Queremos hablar del período revolucionario.

R. —Bueno. Nuestra revolución ha de ser esencialmente apropiadora. Nosotros no nos conformamos con derribar al gobierno; debemos ir hasta el fondo, ocupar las fábricas, los talleres, los edificios públicos, los campos, etc.; todo pasará en manos de los trabajadores.

S. —De acuerdo.
R. —Una de las primeras medidas será la abolición de la moneda.

S. —No le parece demasiado temprano?
R. —¡Ah! controlarlo. Gran parte de las fortunas actuales, consisten en cantidades de dinero, y como el dinero representa acumulación de trabajo, quitándole su valor haremos al más al menos que apropiarse a la burguesía del equivalente del trabajo ajeno acumulado...

S. —¿Y cómo se va a regular entonces el intercambio, especialmente en los primeros tiempos?
R. —El intercambio podrá hacerse igual, sin la moneda; además ese es otro problema, ahora se trata de salvar la revolución y si los burgueses en los primeros días siguen en posesión del dinero (por la facilidad de esconderlo) quedará con una enorme ventaja sobre los obreros que por el paro del trabajo, ven disminuir la circulación de los productos, y disminuir una miseria espantosa por sus anteos.

V. —Eso es cierto, todas las veces que hay un levantamiento en la ciudad, o cuando menos una huelga, los víveres se van a las nubes.

R. —Eso, naturalmente, a la burguesía poco le importa. Ellos tienen para gastar —al contrario —ahí entonces especulan sobre la miseria. Los obreros, como de costumbre, irán en busca de un salario; mas como las fábricas estarán cerradas porque en tiempo de revolución no se trabaja.

V. —Eso es el período más difícil...
R. —¡Ah! mismo quería llevarlo. Para salvar la revolución en los primeros tiempos hay que hacer de manera que a ningún hombre, especialmente a los revolucionarios y a sus familias, les pueda faltar el pan.

S. —Ocupase otro de lanzar circulars con periódicos rimbombantes —dice Kropotkin...
R. —Póngame otros, cuantos galones pueda hacer circular. Por eso en Rusia se da la libertad política. La Revolución necesita pan!

S. —Una vez más, a la apropiación de los niveles existentes, habrá también un comité para su repartición.

R. —¡Ay! Cuidado ahora en buscar ocupación a los galones! Y, además, considerando el dinero su valor, la tarea de este comité será de los víveres, se reducirá a vender... y a vender sólo a quien sea necesario que se suministre una cantidad de sus productos, los burgueses, aún en tiempo de revolución, están los mejor alimentados por... los comunistas revolucionarios.

V. —En efecto, en Rusia, la cuestión del hambre, por medio del dinero ha sido solucionada por los comunistas. Rodolfo, ¿cómo se resuelve el problema?

cuerdo, por ejemplo, que los tranviarios, al poseerlos de todo el material rodante, según cobrando el pasaje. Los guardas, al volver con sus coches, o se rehusaban a depositar las entradas o guardaban para sí la parte del todo.

S. —¿Y cómo harían entonces Uds., quién se encargaría de asegurar el pan a la revolución?
R. —La tarea es ardua, amigo, pero no por eso hay que dar mano a recursos que por ser de fácil actuación parecerían ofrecer la momentánea solución del problema; como podría ser la perpetuación del salario. La revolución deberá ser anárquica desde los primeros momentos, y como atacará a fondo la propiedad, tendrá que cambiar radicalmente las relaciones entre hombre y hombre. Niégase comité pues, tendrá en su mano la vida de la Revolución; cuando esto suceda, la Revolución estará perdida.

Una vez apropiados los víveres, los revolucionarios son ya casi dueños de la situación.

V. —Claro; qué puede hacer la burguesía con su dinero, si su existencia está en nuestras manos?
S. —Pero, en ese momento, todo está desorganizado. ¿Quién piensa en reorganizar, en satisfacer las primeras necesidades del pueblo?

R. —Hay unas entidades, amigo, que Uds. comunistas, parecen ignorar completamente o se recuerdan de ellas solamente cuando en tiempo de elecciones quieren mandar algún «guiso» a las cámaras. Estas entidades son los sindicatos obreros. Allí está el verdadero pueblo revolucionario que se hará cargo de lo que haya en todos los depósitos de víveres, almacenes, etc.

Levantarse. Cuidadoso inventario, estadísticas, etc. Ellos —los sindicatos— más que cualquier burocrata o comité improvisado, podrán procurarse de las necesidades del conjunto de la población; calcular y establecer de común acuerdo el reparto diario o semanal por cada individuo o familia, buscando de aprovechar todos los recursos para salvar el período de la crisis.

S. —Con crisis y todo la burguesía estará siempre en acecho y hay que pensar también en la inmediata reorganización de la producción.

R. —Ya he dicho que la tarea será seria; la burguesía, derrotada primero por las fuerzas vivas revolucionarias, estará, en ese momento, absolutamente reducida a la impotencia por... falta de materia prima. Naturalmente, la más grande preocupación de

los sindicatos será de prevenir el agotamiento de los víveres existentes, y, como las futuras raciones tendrán que venir del campo, entonces la organización de la producción se hará de acuerdo con los campesinos, dueños de los campos. Vínculos, fraternales se estrecharán entre los obreros de la campaña y los de la ciudad...

V. —Eso es lo que yo entiendo por dictadura del proletariado.

R. —¡Qué viveza! Estoy hablando de «acuerdos», de «estrechar vínculos», de «estudiar la reorganización por obras»; no de un comité, como quiere la amiga acá presente; ya esto se le antoja llamarlo dictadura.

V. —¿Y si los campesinos se rehusan de salir a las ciudades de los productos de la tierra?
S. —La observación es justa; los campesinos muy probablemente se opondrán a la entrega de sus productos. Casi diría que es una cosa inevitable. En Rusia ha sucedido eso. Los comisarios del Soviet han tenido que echar mano a la requisición de trigo, de hortalizas, etc.

S. —Pero los campesinos se habían resistido...
S. —Naturalmente! Adios, libre acuerdo, adios solidaridad; si no era por el ejército rojo los campesinos no entregaban ni un grano de trigo.

R. —Así que el ejército rojo, según Ud., ha resuelto el problema, ha borrado el fantasma del hambre, ha salvado, en una palabra, la Revolución.

S. —Por lo menos habrá atenuado los efectos de la hostilidad de los campesinos, y de toda manera habrá retardado la carestía y el hambre. Estando el libre acuerdo queda demostrado con los hechos la necesidad de la dictadura comunista...

R. —¿Qué manera de correr, amigo! ¿Cuál libre acuerdo ha fracasado en Rusia? ¿Dónde estuvo ese libre acuerdo? ¿Y qué es lo que ha salvado el ejército rojo si ahora, el pueblo ruso, está muriéndose de hambre, si están pidiendo pan a los aborrecidos gobiernos burgueses de todo el mundo!

S. —¿Qué más remedio les queda?
R. —Claro! Que más remedio les queda! Primero expropiar violentamente a los campesinos del fruto de su trabajo —crear el partido privilegiado de los comunistas —los chupeteros del ejército, los zánganos de la Tcheka —perseguir a los anarquistas, encerrarlos, martirizarlos, favorecer a las empresas capitalistas extranjeras, retroceder hacia el capitalismo, estrangular a la revolución, y con estos títulos inenarrables presentarse de rodillas ante la burguesía internacional y pedir «pan»!

S. —Y Uds. ya tienen previsto esos inconvenientes?
R. —Otra vez hablaremos de ello. Hasta la vista.

SANTA BÁRBARA.

DEFINICION DEL IDEAL ANARQUISTA

No es solamente por la aplicación del simple razonamiento y en virtud de la pura lógica, que los anarquistas han sido conducidos a declarar adversarios irreductibles del principio de autoridad en el dominio social.

Han sido conducidos también por el estudio atento e imparcial de la historia.

Considerada bajo su ángulo sintético, la historia aparece como la atestación persistente de una lucha formidable entre dos fuerzas: la autoridad y la libertad, fuerzas soplando en sentido contrario, y disputándose palmo a palmo, el imperio del mundo.

De un lado, la autoridad se arma de todos los medios de los cuales dispone para mantener sus posiciones, fortificarlas y acrecentar su campo de acción; del otro, la libertad pone en juego todo para debilitar, para minar la autoridad y reducir su dominio.

En las edades de barbarie, de rapina y de conquista, en las épocas de guerra permanente de tribus a tribus, la fuerza brutal afirmaba su soberanía. Apoyándose en sus legiones armadas, el jefe ejercía la autoridad más absoluta. Su voluntad hacía ley.

Más tarde, el hombre de religión apareció sobre la escena de la historia. Hablaba en nombre de las fuerzas misteriosas que gobiernan el conjunto de los seres y las cosas; encarnaba la omnipotencia de los dioses que rigen el universo, se desliza directamente en el alma ignorante, crédula y supersticiosa de las masas; y con esa astucia que le caracteriza substituyó insensiblemente al Poder de arriba por el poder de abajo.

No era ya la tiranía de la fuerza bruta, era la de la fuerza enmascarada de sofisma.

La libertad y la existencia de los pueblos, como la independencia y la vida de los individuos, estaban a la merced de un puñado de amos, que, despoticamente, disponían, traficaban, usaban y abusaban de todo y de todos.

Pero, en la lentitud de los siglos, una fuerza nueva se había constituido: la riqueza.

El hombre se había dado al trabajo; había cultivado y fertilizado el suelo; desmontado los bosques y desecado los pantanos; construido ciudades; utilizado las corrientes de agua, sondado las entrañas de la tierra; recorrido los mares; trazado carreteras y echado puentes; se había dado a las artes y creado obras maestras; había estudiado los elementos y las fuerzas que los accionan; multiplicado los descubrimientos; mejorado las invenciones primarias, y perfeccionado, de generación en generación, las aplicaciones de la Ciencia a la Agricultura, la Industria y el Comercio.

De esta gigantesca y óptima labor, había salido una prodigiosa acumulación de riquezas.

Esfuerzo universal, trabajo de to-

dos, pero cuyos frutos fueron fraudulentamente confiscados por algunos acaparadores y filibusteros: fué la propiedad.

Cada uno se ingenió en tener su parte, pequeña o grande. Mientras que la autoridad quedaba entre un grupo reducido de amos, la propiedad, teniendo siempre sus grandes favoritos, se repartía entre un número apreciable de privilegiados. Estos componen hoy lo que se llama la clase capitalista.

Esta clase se ha hecho tan poderosa, tiene a su servicio resortes e influencias tan considerables, que se ha impuesto a los detentadores de la autoridad.

Hoy, autoridad y propiedad se combinan, se apoyan la una en la otra, son solidarias, se confunden y no hacen más que una.

Disponen de todo y reinan sobre todos.

Las gentes de cortos alcances creen candidamente que la potencia combinada del poder político, Estado y del poder económico, Capital, está contenida dentro de los límites de la ley.

En teoría, es exacto; en el hecho, es falso; porque la ley, hecha por los representantes en el Parlamento, de los amos y de los ricos, no es ella misma sino la consagración de los poderes usurpados y de las riquezas robadas.

Contrariamente a lo que enseñan los manuales y los tratados oficiales, la ley no está hecha para proteger a los pobres contra las empresas de los ricos, sino, todo lo contrario, para defender a los ricos contra las reivindicaciones de los pobres; no está hecha con el objeto de proteger a los gobernados contra la tiranía de los gobernantes, sino, todo lo contrario, para defender a los gobernantes contra la rebelión de los gobernados.

Es siempre la fuerza! No es la fuerza brutal, física y franca; no es la fuerza mística, velada, cautelosa, hipócrita; es la fuerza democrática, siempre enmascarada de sofisma; es aun y siempre la autoridad; la autoridad sobre los objetos, es decir, el Capital, y la autoridad sobre las personas, es decir, el Gobierno.

Abatir esas dos formas de la autoridad, tal es el objeto que persiguen los anarquistas.

Ellos no hacen sino continuar la lucha emprendida, desde los orígenes de la Historia por todos aquellos que tuvieron en el corazón el amor de la libertad; lucha incansable y trágica, levantando a los esclavos contra los amos, los pueblos libres contra los tiranos, los pensadores libres contra los torturadores de la Inquisición, los vasallos contra los señores, los Jacques contra los castellanos, los muertos de hambre contra los acaparadores, los descamisados contra los nobles; lucha que, en todos los países del mundo, ha tapizado de cadáveres la ruta del progreso; lucha que, en los tiempos y en el espacio, ha suscita-

do siempre los heroísmos más puros, los sacrificios más sublimes.

Hemos llegado a una época en que la lucha contra los explotadores y los amos reviste un carácter especial y nuevo.

No se trata ya de conquistar por la revuelta algunas briznas de libertad; no se trata de arrancar a los poderosos algunas concesiones; no se trata de obtener mejoramiento de detalle.

Una doctrina ha nacido, se ha desarrollado, ha mostrado su fuerza, y agrupa actualmente, en el mundo civilizado, millones y millones de hombres.

En el espíritu de esas masas profundas, la luz ha penetrado; en la conciencia de esa formidable multitud la convicción se ha hecho de que un resultado eficiente sólo puede ser obtenido por un gran trastorno que arruine las bases del edificio social todo entero, y que solamente la revolución puede producir este trastorno.

La prueba está hecha de que las reformas no reforman nada; que los mejoramientos no mejoran nada, y que las victorias fragmentarias quedan sin efecto.

Lo que ha llegado a ser indispensable es la victoria completa, total y definitiva, por la expropiación política y económica de la clase burguesa, por la toma de posesión de todos los medios de producción, de transporte y de cambio, y por la destrucción del Estado.

Apoderarse del suelo, del subsuelo, de las usinas, de las máquinas, de los medios de transporte, en una palabra, de la riqueza bajo todas sus formas, del capital en todas sus manifestaciones, y mantener el Estado, aun poniéndolo en las manos de la clase obrera, no sería sino una media revolución. Los anarquistas no son revolucionarios a medias, sino revolucionarios completos.

Poner en común la tierra y la usina, libertar económicamente el trabajo, y continuar bajo el yugo del Estado y su fatal cortejo: gobierno, legislación, magistratura, policía, ejército, sería detenernos en la mitad del camino sobre la ruta que conduce a la tierra prometida de la libertad. Los anarquistas quieren ir hasta esta tierra prometida.

Aniquilar el capitalismo y conservar o restablecer el Estado —aun proletario— sería, de las dos formas actuales de la autoridad —inicia y homicida, quebrar una y conservar la otra. Los anarquistas están resueltos a abatir la una y la otra.

Es así como entienden la Revolución social, y no se desarmarán sino cuando ella sea un hecho cumplido y definitivo.

SEBASTIÁN FAURE.

Desde el Cerro

Los baqueanos

Hay animales sociables, que forman grupos inmensos para ir de un punto al otro. Entre las aves, que siempre cruzan los aires, entre los peces, que pasan de mar en mar, entre las bestias, que andan de selva en selva, o en todo bicho que emigra, hay sus baqueanos, sus guías o rumbadores que van delante, en las bandadas, en las tropas o en los cardúmenes.

Los gauchos tienen baqueanos, a quien confían sus destinos, y se largan tras de él con la más grande confianza, seguros de no extraviarse; sólo observan sus preparos, sólo le ven tomar rumbos, y el baqueano mira al sol, tiende la vista a las sierras y parte, todos los gauchos le siguen.

Los pueblos tienen baqueanos que los guían entre el tumulto de ideas, entre los lios de tendencias o charminas de la religión católica. Se precisa tanto tino para cruzar un desierto o una selva, como para atravesar en esta avalancha humana hacia un ideal.

Aquellos gauchos baqueanos saben de sobra, en que cerro o en que sol deben de posar su vista, jamás, nunca en las palmeras o arbolitos del camino porque se pierden, hay muchísimos iguales.

Y los baqueanos del pueblo también saben, desde el viejo Bakounine, hasta el joven Pedro Gori, que los rumbos que se toman para guiar a los pueblos, han de ser, en el sol o en las montañas, es decir, en los ideales montañas y que alumbran como soles.

Por eso, ellos tomaron, para hacer la gran cruzada, al comunismo anarquista, y en todo paso que dan, en todo viaje que emprenden, es su rumbo de cualquier lado que miren, no tienen cómo perderse porque es alto y luminoso.

Sin embargo, hay todavía «baqueanos», compañeros testarudos que no entienden estas cosas y se preguntan: ¿para qué mirar tan alto? Y posan su vista miope o lagahosa en esas cosas pequeñas y muy del suelo; marxismo, leninismo, dictadura, que, para los gauchos baqueanos serían palmeras donde craquean las urracas, carandays o lacayubas donde se posan los loros y las coloradas...

Quando veáis en un boliche, junto a una mesa, solito, chupando caña o borracho, a un gaucho triste, con su chambergo caído sobre la frente, preguntadle que fué en su juventud, y él os dirá:

«Cuando más mozo era baqueano, junto con el finao mi padre, (hombré de tino!) y cuando el viejo murió, el gauchaje me nombraba pa hacer los viajes. Un día yo los perdí y cuando me declaré sin rumbo y rodeos de monte, me quisieron fusilar, aun ricuerdo todavía, pero me dejaron sólo en aquellos montes gritándome ¡desgraciado! y ¡gauchito maula!... Desde entonces, ni los perros se me arriman, y con razón, si de todo aquel gauchaje, la mitá fué churrasco pa los tigres y los leones y la otra anda pu hay po esos montes... quién sabe dónde!»

Con los «baqueanos» del pueblo pasa lo mismo, andan solos, despreciados, arrinconados como víboras rastreras. ¿Quién los manda tomar rumbos en «árboles pequeños», marxismo, leninismo, dictadura?... ¡Si se pierden compañeros y nos pierden!

¿No comprenden que vamos a ser churrasco de los tigres y los leones, como quien dice, del Capital y el Estado?

Por eso pues, compañeros, es que los dejamos solos, como dejan los delfines en los mares a los compañeros locos, como dejan en los cielos a las aves que no saben orientarse, sus compañeros, como en los campos los toros y los caballos, dejan y olvidan al compañero extraviado aunque se muera baltando o relinchando y como, por fin, los gauchos dejan solito en el monte o en la sierra a sus «baqueanos».

JOSÉ M. FERREIRO.

LOS SINDICATOS

COMO FINALIDAD REVOLUCIONARIA

No puede afirmarse menos de esto. Los sindicatos como finalidad revolucionaria no han nacido de la conciencia colectiva, porque ésta siempre fué deficiente en los individuos; pero la opresión capitalista, la acción patronal inmediata a los individuos del trabajo, obligó a éstos a protestar, a revelarse en contra el opresor.

Para que esta rebelión fuera más eficaz, era necesario que una fuerza también eficaz se constituyera. Ella fué el Sindicato.

¿Cómo permitir entonces que prevalezca la torpeza de individuos, o la intención bastarda éstos al restarle valor al sindicalismo, para encauzar a la clase obrera hacia finalidades políticas, argumentando que éste es el lado más rápido de la revolución? Los sindicatos han nacido para defender a sus componentes de toda opresión autoritaria y capitalista; y así han de proseguir siendo, los sindicatos, la forma más práctica de libertar a la humanidad productora, sin dejar en pie ningún autoritarismo, ni sistema, que intente primar por encima de los mismos,

R. RUX.

La última asamblea de los Gráficos

Es de suma, de imperiosa necesidad que los gráficos reaccionen en contra de esa camarilla de comunistas chanchulleros que se han adueñado de nuestra organización. La asamblea del domingo fué una verdadera vergüenza. La Comisión Directiva con el pretexto de que en el Centro Internacional pudieran infiltrarse elementos extraños, alquiló otro salón. A cada compañero que entraba —que no fuese comunista —se le exigía el carnet.

En esta forma lograron meternos unos cuantos gatos. Uno fué descubierta por varios camaradas, tuvo que retirarse.

Pero los compinches de la comisión, evitron que se le obligara a mostrar el carnet que le había servido de entrada, para no descubrir al que se lo había prestado.

Y esto no fué todo: tuvimos que soportar también la vergüenza de sesionar con un pesquiso adentro del local. ¿Cómo se había introducido ese «perro»? ¿Entró con carnet prestado o fué llamado por la comisión? Este es un punto que para salvaguardar la moralidad misma del gremio, es necesario aclarar.

Las resoluciones tomadas no tienen ningún valor real. Creemos que ellas tuvieron 20 a 25 votos en favor y dos en contra. Los demás se abstuvieron, porque la camarilla comunista impidió, por todos los medios, que pudiesen hablar los que no estaban de acuerdo con ellos.

¿Tuvo miedo quizá, la comisión, que se sacara a relucir, como habían sido elegidos sus miembros?

UN LINERO.

IMPORTANTE

A LOS COLABORADORES

Rogamos a los camaradas que envían colaboraciones para «Trabajo» que remitanlas antes del domingo; de otra manera llegarían tarde y difícilmente podrán ser publicadas en el periódico de la semana venidera.

Además, las colaboraciones, deben venir con letra clara y en cuartillas escritas por un solo lado, tratar de asuntos de interés general y evitar lo posible, los ataques personales.

Consumir Cerveza Montevideana, se traiciona la causa del trabajo.

BOYCOTT! BOYCOTT!

Decreto de la F. O. R. U.

